

MUSICA

CONCIERTO DE "YALE RUSSIAN CHORUS", EN EL PRINCIPAL

Con la deprimente impresión de un escasísimo público —que esperamos no se repita hoy— dio ayer en el Teatro Principal el primero de los dos conciertos anunciados el "Yale Russian Chorus", que hace su presentación en España tras los grandes éxitos conseguidos en el extranjero, con nánimes elogios de la crítica más exigente.

Se trató de un conjunto de voces varoniles —en dos piezas también interviene una voz blanca— perfectamente compenetradas en sus distintas cuerdas. El empuje del coro es de una corrección ejemplar y la sonoridad, magnífica, si que en ningún momento surja la menor vacilación en el ajuste y graduación de los tonos, con una impecable afinación que encuentra su faceta cumbre en los delicados pianísimos, fruto de una labor depuradora que honra al director de la agrupación, Denis Mickiewicz, autor también de los arreglos musicales hechos a las diferentes partituras de que consta el programa.

En el de ayer, junto a autores de la calidad y características melódicas de Tschalkowsky, Shaporin, Kastalsky, etc., figuraban composiciones de procedencia popular, intercaladas con suma habilidad y conocimiento de los gustos de los dilettantes de la música. En todas ellas demostró esta treintena de cantores una sólida preparación y un concepto de la musicalidad de extraordinaria lucidez. La deliciosa serie de afortunadas interpretaciones comenzó con la preciosa "Aleluya" en el canto vespertino al Hijo de Dios por el mártir San Athenógenes del Libro de los Salmos, n.º 1 y 2, cántico del convento de Kievo-Pecherski; seguida de "El fuego está ardiendo", de Zakharov, y "Pequeño cordero inocente", páginas de honda espiritualidad que formaron genial contraste lírico con varias canciones populares de corte, sentido y armonía puramente rusa, que estos hombres, todos ellos nacionalizados norteamericanos, pero de origen ruso, cantan con verdadera unión, sentimiento y hasta pasión, que tiene su símbolo en el temperamental tenor que imprime nerviosos movimientos a cabeza y

cuerpo, al conjuro del compás y de la pureza en el estilo.

El maestro Denis Mickiewicz da el matiz adecuado, justo, exquisito a cada fragmento de las obras y conduce a los cantores con gestos, movimiento de brazos y la mirada, incluso, al coro, que le obedece ciegamente y dentro de una identificación absoluta, por cuyas circunstancias los resultados no pueden ser más plausibles.

La poca concurrencia que acudió al concierto aplaudió calurosamente al final de todas las composiciones y al final de la reunión, y el coro tuvo la galantería de corresponder con la interpretación de una obra española.

T. GONI DE AYALA